



VOL: AÑO 7, NUMERO 19

FECHA: MAYO-AGOSTO 1992

TEMA: DEMOCRACIA Y NEOLIBERALISMO: Perspectivas desde América Latina

TITULO: **Agustín Cueva**

AUTOR: *Darío Salinas* [*]

SECCION: Semblanzas

TEXTO

Como si hubiera presagiado el desenlace de ciertos procesos, Agustín Cueva "eludió" dos golpes de Estado. Primero, el de Ecuador, al trasladarse a Chile cuando apenas comenzaba la experiencia del gobierno de Salvador Allende. Y cuando se trasladó de la sureña Universidad de Concepción al Centro de Estudios Latinoamericanos en México, antes del golpe de Estado de 1973. Es imposible saberlo, pero no parece descabellado sospechar que su intuición y profunda visión política hayan tenido algo que ver con tales cambios de domicilio.

En 1976, siendo estudiante del posgrado en sociología, lo conocí personalmente cuando René Zavaleta, otro latinoamericanista de estatura colosal, lo invitó a la FLACSO. Para quienes no lo habíamos escuchado, recibimos la impresión admirable de su pensamiento sencillo y directo, de ideas firmes y preocupaciones concretas, de reflexiones ágiles cargadas de matices y agudas observaciones, solventadas por una vasta cultura universal.

Ante mis comentarios a su ensayo, todavía entonces documento de trabajo sobre "La dialéctica del proceso chileno", expresó -puedo recordar- que nunca antes había escrito algo igual con tanto sentimiento. Esta misma consideración se manifestó años después, en 1988, cuando por distintas circunstancias me correspondió cursarle una invitación para "Chile Crea". Simbolizado en torno al natalicio de Pablo Neruda, el evento convocado bajo esa denominación quería expresar el aporte de la cultura a la lucha por la democracia. Su respuesta generosa no se hizo esperar. Fue así como en el invierno austral de aquel año, junto con otros intelectuales y artistas, Agustín Cueva volvió a Chile cuando aún estaba vigente la dictadura.

Su gran talento intelectual se abocó al desarrollo de un sorprendente conocimiento de las sociedades latinoamericanas. Es probable que ello obedezca a una práctica no muy común entre los científicos sociales: la movilización integrada de diversos ángulos para observar los fenómenos sociales, desde la literatura y sus géneros, la política, la economía, la historia y, primordialmente, la sociología, sin subestimar ninguna referencia que guarde relación con los acontecimientos de América Latina, sus procesos vitales, sus avatares, su historia y sus esperanzas.

Por esos rasgos distintivos y por la producción que registra su trabajo, Agustín Cueva se ubica entre los estudiosos más destacados de América Latina. Su obra es una de las mejores versiones disponibles sobre aspectos relevantes de la teoría social así como de los procesos políticos y culturales del continente. Participó prácticamente en todas las principales polémicas y discusiones que gravitaron en los temas latinoamericanos de las

últimas tres décadas. Su libro *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, con varias traducciones y un postscriptum en su última edición, se vuelve determinante para el análisis social contemporáneo, pues en ese ensayo se diseña una interpretación global e histórica de las características universales y nacionales, generales y particulares del capitalismo en la región.

Ese interés por los estudios latinoamericanos definió su compromiso con la educación, en el quehacer universitario y el derecho a continuar y profundizar una línea de pensamiento crítico. Si hacemos referencia sólo a sus casi 20 años de trabajo académico desde México, tendremos que destacar su contribución a la formación de varias generaciones de profesionales e investigadores. En el terreno de las ideas es tan importante como en su labor de divulgador, así como nexo y vínculo permanente del trabajo académico de la región. Tuvo, entre otras, la responsabilidad como presidente de la Asociación Latinoamericana de Sociología y, años más tarde, fue miembro de su Consejo Directivo hasta sus últimos días.

El lenguaje conceptual directo del profesor Cueva nos recuerda la importancia de la inteligencia útil. Lejos de partir presuntuosamente de las "grandes teorías", menos aún -como él mismo lo dijera- de los dogmas, una cualidad sobresaliente en su trayectoria ha sido la de confrontar rigurosamente la política y el discurso con los datos de la realidad. Tal profundidad de mira despliega una perspectiva que seguirá siendo esclarecedora.

Quien publicara *Entre la ira y la esperanza* en 1967, destacó también por su gran sensibilidad para captar la trama de las tendencias y contratendencias que no se evidencian en la superficie inmediata de los procesos actuales. El análisis concreto y acuciosamente documentado sobre los fenómenos y acontecimientos políticos que aquejan a las sociedades ocurría, en su lectura escrupulosa de la realidad latinoamericana, sin perder de vista las grandes coordenadas de nuestro tiempo.

El proceso de derechización de las ciencias sociales y de la política, cuya embestida no ha cesado, ni surgido aún la remodelación de su mejor respuesta alternativa, no pasó inadvertido para él, y lo captó en el momento preciso. Nunca perdió la pista del proceso del capitalismo y sus modalidades de desarrollo, de las manifestaciones de la estructura de clases y las formaciones políticas de las sociedades latinoamericanas, así como de la inserción de éstas en el desenvolvimiento internacional. Asumió plenamente las implicaciones analíticas derivadas de tal perspectiva a través de agudas y oportunas reflexiones. Tal es el caso del tratamiento que hizo del neoliberalismo y la denominada "economía de libre mercado", que, como en algún momento enfatizara, nada tiene de libre. Pueden evocarse a este respecto sus primeras reflexiones en 1984 con motivo del "Encuentro Nacional. Balance y Perspectivas de los Estudios Latinoamericanos", realizado en México. Luego, a través de un breve artículo publicado en 1985 sobre la "Derechización Intelectual en Europa". Dos años más tarde, en un brillante ensayo titulado "El viraje conservador: señas y contraseñas", que ha tenido amplia divulgación, y, desde luego, su artículo "Un nuevo fracaso neoliberal", publicado en 1988 a propósito de la coyuntura ecuatoriana, en el que muestra la encrucijada a la que condujo la "nueva derecha" y sus políticas al país andino.

En estos trabajos que aluden al modelo neoliberal y a la trama del capitalismo que le es inherente, Agustín Cueva observó -remando contra la corriente- que su aplicación acarrea casi los mismos resultados ya sea que se imponga por la vía abiertamente dictatorial, como paradigmáticamente ocurriera en Chile tras la derrota popular de 1973, o bien por la vía de las urnas como -por ejemplo- podría ratificarse empíricamente en la historia política reciente de Perú o Venezuela: políticas de ajuste (ajuste al cinturón de las clases populares), apertura irrestricta de la economía, privatización del sector estatal,

desindustrialización, depredación como nunca antes de los recursos del medio ambiente (cuya preservación, como lo diría Cueva, es incompatible con la racionalidad "moderna" de rentabilidad financiera), incremento del endeudamiento, desempleo y pauperización de la población mayoritaria.

En tal contexto no parecen generarse las mejores condiciones para la profundización de la democracia que constituye, no obstante, una legítima y antigua aspiración de nuestros pueblos.

A pesar de la despolitización resultante, de la operación de escarmiento a que fueron sometidas las organizaciones populares durante el período dictatorial y más tarde por el proceso de privatización y su flagrante esquema de exclusión social, que encontró continuidad bajo la forma de gobiernos civiles y se vio agravado por el contexto internacional actual doblemente adverso (y en el cual sobresale una superpotencia sin ningún contrapeso, junto con la acentuación de las tensiones en el eje Norte-sur con la consecuente desventaja para este último), a pesar de todo esto, decimos, no parece haber una relación de correspondencia consensual entre el neoliberalismo y el sentimiento de la inmensa mayoría de la población latinoamericana. Si reconstruyéramos el mapa actual de los comportamientos sociales, veríamos seguramente que no ha sido fácil lograr la construcción de lo que pudiera exhibirse como "consenso activo de los gobernados".

La apretada afirmación anterior bien puede cotejarse con el tema de la democracia, sobre el cual hay importantes aportes críticos de Agustín Cueva. Allí están sus respuestas al debate desarrollado durante el segundo quinquenio de los setenta frente a planteamientos extremos y dilemas mecanicistas, cuyo alcance, a juicio suyo, determinaban el cierre de todo espacio de lucha democrática. Y en esa misma línea temática, pero en referencia al debate más reciente, se encuentran importantes observaciones que desenmascaran al nuevo conservadurismo en su afán por disfrazar su proyecto bajo invocaciones de "aperturas democráticas" o de "transiciones".

Paralelamente escudriñó en el significado del fenómeno del "realismo político" en la década de los ochenta. Particularmente, analiza bajo esa denominación el repliegue ideológico, disfrazado de "renovación", que afectó a una nueva parte de la izquierda. Lo que allí surge en términos de elementos referidos al tema de la democracia, según su crítica, es que ésta queda reducida casi exclusivamente al ámbito público, desvinculada de los contenidos que definen los proyectos en curso, sin que cuente la participación genuina del pueblo en las decisiones fundamentales que atañen a la vida del país, posición coincidente con las formulaciones conservadoras de "democracia sin adjetivos" o "sin condiciones".

Y lo que ocurre es que, tal como se puede constatar en su libro *Las democracias restringidas de América Latina*, en sociedades como las nuestras, los ciudadanos no participan a través de las urnas en la configuración real del poder económico, ideológico o militar.

De allí la distinción metodológica fundamental contenida en la obra mencionada entre "participación electoral y participación en el poder".

En la perspectiva latinoamericana, entendió la necesidad de definir la democracia, como una respuesta histórica y concreta "destinada a conseguir el máximo bienestar para el pueblo... de acuerdo a sus aspiraciones e interés, evitando que se utilice el concepto para enmascarar las contradicciones de clase, para eludir las definiciones frente al imperialismo, o alejar del horizonte toda posibilidad de una transformación realmente

anticapitalista". Así lo explicitó en la última parte de su libro La teoría marxista. Categorías de base y problemas actuales. Era tan coherente su visión, que en su ensayo "América Latina ante el fin de la historia", no dudó que Cuba necesite encarar requerimientos democráticos para flexibilizar su sistema político, pero -como categóricamente lo advierte- por "la propia decisión de sus ciudadanos, y no por imposición externa".

Más allá del análisis sistemático, dentro de una sustentación de ejemplar honestidad intelectual, cabría resaltar su visión profundamente humanista, comprometida con la justicia social, la vigencia plena de los derechos humanos y de rechazo a la explotación. Es probable que la convergencia de tales elementos, en un punto de partida ético, sea lo que se refleje en el gran vigor conceptual de sus reflexiones. Esto se aprecia de manera más explícita en sus últimos escritos, en los que pone de manifiesto el rostro inhumano del capitalismo neoliberal, la miseria indignante que hace estragos en las mayorías discriminadas y -en sus propias palabras- el "inevitable proceso de lumpenización social" bajo tales condiciones. Es importante el empeño de quienes como el maestro ecuatoriano, desde esta perspectiva, procuran trazar alternativas más humanas a través de sus propuestas analíticas.

Como su pensamiento, también su muerte prematura trasciende las fronteras y se constituye en un sentimiento latinoamericano. Porque Agustín Cueva proyectó su legado incorruptible de interpretación de la realidad regional. Su correlato ideológico lleva la impronta del antiimperialismo latinoamericano, en cuyo marco sobresale la definición en favor de la autodeterminación y de la soberanía de nuestros pueblos, todo lo cual deriva en un itinerario que contribuye a forjar la conciencia de identidad para pensar activamente el porvenir, de cara al mundo cambiante de hoy, con cabeza propia a partir de nuestros problemas no resueltos y nuestros diversos intereses comunes.

Julio, 1992.

CITAS:

[*] Coordinador del posgrado en Ciencias Sociales, Universidad Iberoamericana.